

Capítulo II

# BOSQUEJO ACERCA DE LAS HISTORIAS DE MÉRIDA

JUAN CARLOS LÓPEZ DÍAZ

*Consortio de la Ciudad Monumental Histórico-Artística y Arqueológica de Mérida*

Versión gratuita publicada en marzo de 2020  
con motivo del estado de alarma provocado  
por el coronavirus COVID-19

**Versión gratuita publicada en marzo de 2020  
con motivo del estado de alarma provocado  
por el coronavirus COVID-19**

## BOSQUEJO ACERCA DE LAS HISTORIAS DE MÉRIDA

Mérida transita por la historia desde hace más de dos mil años. Las gentes y sociedades que la conformaron en constante dialéctica, las estructuras que mediante su acción aquéllos ayudaron a consolidar o deshacer, según el signo de los tiempos, las culturas que aquí dejaron su impronta o los credos que se rezaron y las ideologías que se asentaron para permanecer por un tiempo y después volver a ser sustituidas por otras. En definitiva todas las facetas del devenir histórico inscrito en las sociedades de las que, con el paso del tiempo, algunas cosas permanecen y otras cambian, supusieron desde la Antigüedad motivo de interés para eruditos, cronistas e historiadores de la ciudad.

Ya durante los primeros siglos de nuestra era, Mérida aparece citada por historiadores como Dion Casio, Plinio “El Viejo” o Tácito, los geógrafos Ptolomeo y Estrabón o los poetas Ausonio y Prudencio<sup>1</sup>.

En el periodo andalusí, en plena Edad Media, la entonces Mârida tampoco pasó desapercibida para los geógrafos y estudiosos musulmanes. Al Razi y Al Idrisi son los ejemplos más notorios, pero, ni mucho menos los únicos<sup>2</sup>. Todos ellos servirán de fuente primaria insustituible para los posteriores trabajos que sobre la historia de Mérida se llevarán a cabo.

---

<sup>1</sup> Casio, D., *Historia de Roma*. Biblioteca Clásica Gredos.; Plinio “El Viejo”, 2007, (red.), *Historia Natural*. Edit. Gredos.; Tácito, 2012 (red.), *Historias*. Biblioteca Clásica Gredos.; Ptolomeo, *Geografía*. Ediciones Iberoamericanas.; Estrabón, 2007 (red.), *Geografía de Iberia*. Alianza Editorial.; Ausonio, *Obras*. Biblioteca Clásica Gredos.; Prudencio, A., *Obras*. Biblioteca Clásica Gredos.

<sup>2</sup> En Catalán, D. y Andrés, M.ªS., 1975, *Crónica del moro Rasis*, Madrid; Blázquez, A., 1901, *Descripción de España por Abu-Abd-Alla-Mohamed-al-Edrisi*, Madrid.

Por otra parte, y hasta la que podemos considerar la primera obra completa que trata sobre Mérida y su historia, la de Moreno de Vargas en el siglo XVII, tampoco faltaron obras que plasmaron en interesantes retazos lo más sobresaliente de aquella Mérida sumida en el envés de la historia: las ruinas de su pretérita grandeza, que marcarían en lo sucesivo mucho de los trabajos que se hicieron sobre el pasado de la ciudad<sup>3</sup>.

Y así llegamos, como se ha apuntado, a la pionera obra de Bernabé Moreno de Vargas, publicada en 1633: *Historia de la ciudad de Mérida*<sup>4</sup>. El interés por la historia local era incipiente ya entonces, y aunque hasta el siglo XVIII, y sobre todo el XIX, no se puede hablar de una tradición al respecto, en los tiempos del Moreno el interés por el entorno más inmediato era evidente, aunque, y esto será una constante posterior, esa disposición prestará casi exclusivo interés a acontecimientos y personajes de relieve político y militar, principalmente. Tras la de Moreno de Vargas, habrían de transcurrir más de cien años (y casi otros cien más para su impresión) para que alguien se interesase por el pasado de la ciudad. Sería en esta ocasión el doctor Agustín Francisco Forner y Segarra, padre del ilustrado Juan Pablo Forner, con su *Antigüedades de Mérida, metrópoli primitiva de la Lusitania, desde su fundación en razón de colonia, hasta el reinado de los árabes*<sup>5</sup>.

En el siglo XIX, la influencia de la corriente cultural e ideológica que fue el Romanticismo, espoleó el amor por lo “propio”, una de cuyas plasmaciones, en lo tocante a los estudios históricos, fue la proliferación de historias locales. Primero sería Gregorio Fernández y Pérez, durante unos años vicario de Santa Eulalia, quien acometiera la labor en su *Historias de las Antigüedades de Mérida*<sup>6</sup>; y aunque la obra fue escrita en la década de los veinte del siglo XIX, coincidiendo con su estancia en la ciudad, no vería la luz hasta mediados del siglo, en 1857, en Badajoz y siendo presidente de la Diputación Romero Leal. Años después la imprenta de Plano y Corchero, cuya labor propagandística resultará crucial para el conocimiento del pasado de Mérida, tomó la iniciativa de compilar ésta y otras obras dedicadas a la historia de la ciudad.

Sería precisamente uno de los socios de esa imprenta, también alcalde de la ciudad, erudito, crítico y agitador cultural de todo lo emeritense, Pedro María Plano García, quien en los últimos compases del siglo publicó su libro *Ampliaciones a la Historia de*

<sup>3</sup> De gran interés para conocer todas esas impresiones sobre Mérida y sus ruinas en la Baja Edad Media, el Renacimiento y el Barroco, es la obra de Carlos Jesús Morán Sánchez, *Piedras, Ruinas, Antigüallas. Visiones de los restos arqueológicos de Mérida. Siglos XVI a XIX.*, Memorias de Arqueología Extremeña (MARqEx), nº 11.

<sup>4</sup> Moreno de Vargas, B., 1984, (red.), *Historia de la ciudad de Mérida*. Mérida, Patronato de la Biblioteca Pública Municipal y Casa de la Cultura.

<sup>5</sup> Forner y Segarra, Agustín, F., 1894 (red.), *Antigüedades de Mérida, metrópoli primitiva de la Lusitania, desde su fundación en razón de colonia, hasta el reinado de los árabes*. Mérida, Imprenta Plano y Corchero.

<sup>6</sup> Fernández y Pérez, G., 1893 (red.), *Historias de las Antigüedades de Mérida*. Mérida, Imprenta Plano y Corchero.

*Mérida de Moreno de Vargas, Forner y Fernández*<sup>7</sup>, en el que además de, como reza el título, ampliar desde el conocimiento que en su tiempo se tenía a cerca de aspectos de esas obras, lleva el estudio histórico hasta su propia época.

En el siglo XX, gracias a la especialización de los estudios de Historia, la relativa mejora de las facilidades para la publicación de obras, etc., van a ser muchos los trabajos de historia que tengan como objeto de análisis procesos, aspectos, hechos y personajes históricos de Mérida.

Sin embargo, la única obra cuyo objeto de análisis podemos considerar estudia la historia de la ciudad de forma diacrónica, con intención de hacer un recorrido por todos los siglos y etapas atravesados por aquélla, es la que escribió en tres volúmenes el presbítero y académico correspondiente de la Real de la Historia, Vicente Navarro del Castillo<sup>8</sup>.

Los trabajos citados comparten rasgos comunes. A excepción de la Navarro del Castillo, escrita como hemos indicado en el siglo XX, el resto de obras tienen una temática central muy evidente: las antigüedades de Mérida. Sólo hace falta hacer una consulta al índice de estas obras para comprobar que tanto Forner y Segarra como Fernández y Pérez o Plano y García y quizás en menor medida, aunque también, Moreno de Vargas, hacen de la descripción de los restos monumentales de Mérida eje de sus respectivos trabajos.

Otro rasgo que comparten la mayoría, y en este caso la excepción es Pedro María Plano, es la relevancia concedida a aspectos de índole religioso, tales como vida de mártires y santos, padres de la Iglesia emeritenses, acciones e intercesiones divinas en la historia de la ciudad, así como a los edificios religiosos.

Como decimos, estas son dos de las temáticas principales que podemos hallar en estas historias de Mérida, pero no, obviamente, las únicas. Sí debemos insistir en el hecho de que todos esos trabajos son un producto de su tiempo (como sin duda éste que leen lo es del nuestro), y por tanto van a ser un fiel reflejo de la mentalidad, los valores y convicciones o las preocupaciones e intereses de cada momento, por no olvidarnos de mencionar el desarrollo científico y metodológico de cada época.

Así, cada una de las historias que sobre Mérida se han escrito, deben ser valoradas en su contexto, pero, eso sí, desde un irrenunciable juicio crítico.

---

<sup>7</sup> Plano y García, P.M.<sup>a</sup>, 1894, *Ampliaciones a la Historia de Mérida de Moreno de Vargas, Forner y Fernández*. Mérida, Imprenta Plano y Corchero.

<sup>8</sup> Navarro del Castillo, V., 1972, *Historia de Mérida y pueblos de su comarca. Tomo I*. Mérida. –Navarro del Castillo, V., 1974, *Historia de Mérida y pueblos de su comarca. Tomo II*. Mérida, Edit. Extremadura. –Navarro del Castillo, V., 1992, *Historia de Mérida y pueblos de su comarca. Tomo III*. Mérida, Artes Gráficas Boysu.

**LA HISTORIA DE LA CIUDAD DE MÉRIDA DE BERNABÉ MORENO DE VARGAS**

La *Historia de la Ciudad de Mérida* publicada en 1633 por el regidor perpetuo de la misma, Bernabé Moreno de Vargas, supuso el primero de los trabajos que han hecho un recorrido más o menos amplio, más o menos exhaustivo, por la historia de la ciudad. La obra de Moreno es, al menos hasta la fecha y que se sepa, pionera entre los trabajos de su naturaleza. De ahí que muchos historiadores, y probablemente con razón, la consideren un trabajo de referencia para conocer la Mérida pretérita.

La *Historia* de Moreno, está dividida en cinco libros, a su vez subdivididos en 87 capítulos en total, precedidos de un prólogo y unas composiciones poéticas. Con esa estructura externa, realiza un recorrido por la historia de Mérida desde el momento que él considera como fundacional hasta su tiempo. En el libro primero, de notable valor histórico-arqueológico, además de hablar de dicha fundación, aborda la descripción de los monumentos tal y como se conservaban en su época, así como de varias lápidas funerarias. El libro segundo trata, casi exclusivamente porque los últimos capítulos están centrados en asuntos de índole político-militar, de temas intrínsecamente confesionales, como innegablemente lo son la vida y milagros de los santos supuestamente nacidos en Mérida o los conocidos padres de la Iglesia emeritense. En cuanto al libro tercero, está centrado en los tiempos de la presencia visigoda, aunque la temática principal es de nuevo religiosa. Este libro termina con la toma de la ciudad por las tropas de Muza. Por su parte, en el libro cuarto aparece historiada la etapa de dominio musulmán, los enfrentamientos entre éstos y los reinos cristianos y cómo la ciudad fue ganada por Alfonso IX y cedida a la Orden de Santiago. Finalmente, en el libro quinto y último aborda la etapa más cercana a su época y lo hace desde una temática diversa, pues bien deja constancia de los cargos políticos y eclesiásticos que tuvieron ascendencia sobre la ciudad, bien se ocupa de la descripción del partido de Mérida así como de los que eran, o habían sido, pueblos parte del mismo.

Como la más antigua que es, la *Historia de la Ciudad de Mérida* ha merecido comentarios y valoraciones de casi todos aquellos que retomaron con el paso de las décadas y los siglos la preocupación por conocer el pasado de la ciudad, algunas, siempre en nuestra opinión, más acertadas y ecuanímes que otras, aunque prácticamente todas coincidentes en varios aspectos fundamentales. En la reedición que con motivo del bimilenario de la ciudad se hizo del trabajo de Moreno, José Álvarez Sáenz de Buruaga, compendió en pocas líneas lo que en opinión casi unánime de historiadores e investigadores, han sido principales defectos y virtudes del primer compilador de la historia de Mérida.

De entre los primeros, subraya Buruaga la credulidad que Moreno otorgó a los “falsos cronicones”, el pábulo entusiasta que otorgó a las noticias entre fabulosas y fantásticas sobre los orígenes de Mérida, los errores en la interpretación onomástica y en

la traducción y transcripción del latín o lo que Buruaga denomina como “tendencia milagrera para explicar algunos hechos históricos”.

Probablemente este último sea el principal defecto del trabajo de Moreno; pero no olvidemos que eso es así visto desde nuestra perspectiva, y que difícilmente podría haber sido de otra forma en el siglo XVII en el que Moreno escribió su trabajo. En esa centuria ni siquiera puede hablarse de una tradición historiográfica sobre historia local (ni de ninguna otra cosa) para lo que por muy temprana fecha habría que situarse en el siglo XVIII, cuando en España las Sociedades Económicas de Amigos del País fomentan los estudios sobre el medio más cercano.

En los años en los que Moreno escribió su trabajo la influencia de la tradición histórica cristiana, que había cercenado otra tradición, la de la historiografía clásica, sobre todo causal y racional, aún se hacía sentir, y mucho, a la hora de escribir sobre el pasado<sup>9</sup>. Esa “tendencia milagrera” de la que hablaba Buruaga, es homologable al concepto que la tradición histórica cristiana tenía sobre el devenir histórico como la realización del plan de Dios, y Moreno, como hombre innegablemente influido por esa tradición y por sus más destacados representantes, Eusebio de Cesarea o San Isidoro de Sevilla (a los que en repetidas ocasiones cita), no pudo evadirse de ese planteamiento en su obra.

Por lo que a virtudes se refiere, las que apunta Buruaga son igualmente reducción de otras valoraciones positivas generalizadas. Destaca sobre manera la erudición de Moreno de Vargas, gracias a la cual, y acierta de lleno Buruaga, conocemos infinidad de datos sobre la Mérida pasada. Más valor si cabe tiene para el conocimiento científico su minuciosa descripción sobre las ruinas existentes en su época. Este capital arqueológico del trabajo de Moreno es aún útil hoy día; así lo ratifican arqueólogos e historiadores como Carlos Jesús Morán, quien destaca la descripción exhaustiva de los restos recogida en la historia de Moreno<sup>10</sup>.

Como se apuntó, Sáenz de Buruaga no fue el único en hacer una valoración de la *Historia de la Ciudad de Mérida*; lo que sí hizo fue relacionar en el siglo XX las críticas sobre la obra de Moreno desde el siglo XVIII. De hecho, a los pocos años de que aquella se publicase, el también emeritense Juan Gómez Bravo escribió un puntilloso y demoledor trabajo: *Advertencias a la Historia de Mérida*, que va a merecer comentario aparte por su propia naturaleza. Tras aquél, el primero que comentó la obra de Moreno de Vargas, fue su inmediato sucesor en el estudio la historia de la ciudad, el Dr. Forner y Segarra, quien en el prólogo a su trabajo *Antigüedades de Mérida, metrópoli primitiva de la Lusitania, desde su fundación en razón de colonia, hasta el reinado de los árabes*, aporta un valioso

---

<sup>9</sup> Más sobre la tradición histórica cristiana en: Moradiellos García, E., 2013, *El oficio de historiador. Estudiar, enseñar, investigar*. Madrid, Edit. Akal.

<sup>10</sup> Moran Sánchez, Carlos. J., *op. cit.*, págs. 68-76.

juicio crítico sobre la *Historia de la Ciudad de Mérida*<sup>11</sup>. En éste, se hace muy palpable la condición de hombre de ciencia de Forner y Segarra, pues su juicio es eminentemente crítico. De Moreno dice que no pudo evadirse “de los defectos que fueron comunes a casi todo los escritores de su tiempo”.

Y es que en aquellos tiempos del Imperio español, uno de los principales objetivos de los cronistas era el de demostrar la procedencia ancestral del pueblo elegido, el español, que dominaba el orbe. Por eso Juan de Mariana en su *Historia General de España*, asevera, como antes lo hicieran Ocampo y Morales, que Tubal fue el primer hombre que llegó a la Península, y por eso el empeño de Moreno de Vargas por ligar la fundación de Mérida a la venida de este personaje bíblico; así podría situarse a la ciudad como una de las más antiguas de España, participe entonces del alumbramiento del “linaje”, el español, que en su tiempo dominaba el mundo, competición esa, de la entroncar con Tubal, en la que, por otra parte, no hubo ciudad que no participase<sup>12</sup>. En cuanto aspectos concretos de su crítica, Forner y Segarra pone el foco en el abuso del uso de los “falsos *Cronicones* de Flavio Dextro, Julián Pérez...”, algo, como vemos bien propio por entonces; o en la falta de destreza y conocimientos que tuvo a la hora de traducir monedas y lápidas, críticas, como no es difícil inferir, semejas a las hechas por Buruaga.

A Forner y Segarra le sucedió en el interés por relatar la historia de Mérida, aunque sobre todo la de sus antigüedades, el presbiterio Gregorio Fernández y Pérez, quien sin embargo no dedica en su obra *Historia de las antigüedades de Mérida*, un comentario *ex professo*, como si lo hiciese Forner y Segarra y lo harían después otros, a valorar la obra de Moreno. Sí deja entever sucintamente que la *Historia* de Moreno se hizo al “gusto de aquellos tiempos”.

Ya a finales del ese siglo el erudito, político y seguidor emeritense Pedro María Plano, dedicaría un amplio apartado del prefacio de sus *Ampliaciones a la Historia de Mérida de Moreno de Vargas, Forner y Fernández*, a realizar un juicio crítico sobre Moreno de Vargas, aunque, en rigor, el juicio es del polígrafo extremeño decimonónico Vicente Barrantes, con cuyas opiniones asegura Plano estar tan de acuerdo que no tenía por más que reproducirlas. Y otra vez en el debe el ser “ciego paladín de los falsos cronicones” y en el haber su erudición y satisfactoria pluma. Barrantes, sin embargo, añade otra crítica a la obra de Moreno, más estilística ciertamente que metodológica, y es el excesivo uso que de la primera persona así como de pasajes de su propia vida hace Moreno de Vargas en su narración; nada anormal, por otra parte, teniendo en cuenta

<sup>11</sup> Siguiendo la transcripción que de la obra ha llegado a nuestros días, es claro que el prólogo está escrito en primera persona; sin embargo en el encabezamiento del mismo consta: “Prólogo escrito por Don Juan Pablo Forner, hijo del autor”.

<sup>12</sup> Álvarez Junco, J., 2001, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Barcelona, Edit. Taurus.

que entonces el linaje, más que la etnia, era motivo de profunda preocupación para cualquier hidalgo.

El último investigador sobre la historia de la ciudad que ha dedicado una crítica no sólo a la *Historia* sino a la biografía del propio Moreno de Vargas ha sido Vicente Navarro del Catillo<sup>13</sup>. Navarro del Castillo encomia la labor arqueológica y archivística de Moreno de Vargas, así como la inestimable aportación de datos que hace, importantísimos para conocer etapas como la santiaguista. Pero como el resto, afea a Moreno de Vargas el uso de crónicas para el estudio de las épocas romana, visigoda y árabe. Más sorprende la crítica a la *Historia* de Moreno por “olvidar por completo” la prehistoria y la protohistoria de Mérida, algo que aunque Moreno hubiese tenido la intención de hacer, le hubiese resultado harto complicado, pues difícilmente se pueda escribir de algo que no existe como tal, dado que aunque lógicamente esos periodos ya formaban parte del pasado humano en el siglo XVII, ni existían esas dos periodizaciones, fruto de la moderna historiografía, ni había estudio alguno con el que Moreno pudiese ilustrarse. Como tantos de su época, para hablar de lo anterior al mundo Antiguo recurrió al mito.

Para concluir la ya larga exposición sobre Moreno de Vargas y su *Historia* conveniremos en que las críticas a su obra han sido a lo largo de cuatrocientos años bastante coincidentes, tanto en los aspectos positivos como en los negativos; aunque, como venimos insistiendo, muchos de estos últimos, directamente relacionados con su escaso rigor hermenéutico, hubiesen sido difícilmente subsanables en su tiempo, pues no podemos olvidar, a título de ejemplo, que *De Re Diplomática* de Jean Mabillon, que establecería en lo sucesivo las reglas para la crítica documental, no se publicó hasta 1681. Con todo, si ubicamos la *Historia de la Ciudad de Mérida* en el lugar que le corresponde, el de la crónica relato, sabremos sublimar su valor para el conocimiento del pasado de Mérida.

**LAS ANTIGÜEDADES DE MÉRIDA, METRÓPOLI PRIMITIVA DE LA LUSITANIA, DESDE SU FUNDACIÓN EN RAZÓN DE COLONIA, HASTA EL REINADO ÁRABE, DE AGUSTÍN FORNER Y SEGARRA**

Este prolongado título es proemio de una obra que, en esencia, se articula sobre una doble temática: la descripción de los monumentos emeritenses en la época del autor, y un repaso al martirologio local y primitivos obispos de la diócesis emeritense. Que en la actualidad este trabajo se halle entre los que se han dedicado al estudio de la historia de Mérida, ha sido, a tenor de lo que se dice en los prólogos del mismo, una afortunada casualidad, gracias al celo con que lo conservó Luis Villanueva y la impagable labor de dignificación que del pasado de su ciudad hiciese Pedro María Plano en su imprenta Plano y Corchero.

---

<sup>13</sup> Navarro del Castillo, V., 1963, Bernabé Moreno de Vargas, historiador de Mérida (apuntes biográficos), en *Revista de Estudios Extremeños*.

En sendos prólogos que preceden al corpus de la obra, tanto Plano como Luis Villanueva, cuentan los pormenores acaecidos hasta su publicación. El segundo fue depositario de la misma merced a recibir los archivos y papeles del hijo del autor, el reconocido ilustrado Juan Pablo Forner, entre los cuales, al parecer, se hallaba *Antigüedades de Mérida*. El primero cuenta el largo proceso, de más de 40 años, hasta que la obra se dio a imprenta en 1893, felizmente para el conocimiento de nuestro pasado. Siguiendo el parecer de Villanueva, la obra debió escribirse en el último cuarto del siglo XVIII, pocos años después de que Forner ejerciese en Mérida su profesión de médico, lo que ocurrió entre 1755 y 1762. Como indicamos anteriormente, tiene dos partes bien diferenciadas, repartidas entre siete capítulos. Los primeros seis se centran, a más de en los orígenes en la fundación de la ciudad, en hacer un recorrido por las antigüedades romanas de la Mérida de su tiempo. Es la parte más científica sin duda del trabajo, pues el último y extenso capítulo, el número siete, está dedicado a santos, mártires y obispos emeritenses, escrito desde una visión providencialista que contrasta con la primera parte de la obra. Desafortunadamente, el propósito que anuncia Forner y Segarra de completar su recorrido por la historia de Mérida adentrándose en la época de los godos y musulmanes, o bien no se cumplió, o bien no se conservaron esas dos últimas partes de las tres en las que Forner tenía pensado dividir su trabajo.

A pesar de ello, la única parte que ha llegado a nuestros días, las *Antigüedades de Mérida*, tienen un notorio valor historiográfico y suponen un salto cualitativo con respecto a la *Historia* de Moreno, al margen de que incurra en algunos vicios en los que también cayó aquél. Tal y como afirmamos en el caso de la obra de Moreno de Vargas, esta que nos ocupa también es fruto del espíritu de su época. En el momento en que se escribió, la Ilustración y sus principios ya habían recorrido Europa de un extremo a otro, y la moderna concepción de la ciencia se hacía palpable en la inmensa mayoría de saberes. La historia no estuvo al margen, y fue definitivamente la Ilustración quien la revistió de espíritu crítico.

Esto supuso que la historia local, que como ya se ha afirmado conoció en este siglo XVIII su verdadera unción como corriente de estudio, intentase separarse de lo legendario y acercarse al conocimiento racional<sup>14</sup>. Precisamente este es, a nuestro juicio, un valor de la obra de Forner, y por eso quizás no fue muy reflexiva la crítica vertida por Navarro del Castillo, que definió como de escaso valor histórico las *Antigüedades de Mérida* (y de paso también el trabajo posterior de Gregorio Fernández y Pérez). Sólo por el juicioso criterio con que Forner aborda el asunto de la fundación de la ciudad, su trabajo ya merece ser tenido en estima por los investigadores. De entrada, la fecha que considera probable de fundación de la ciudad, 23, a. C. se aproxima mucho a la del 25 a. C., que hoy damos por segura. Además, no alude a motivaciones fantasiosas, ni providencialistas

<sup>14</sup> Lacomba, J.A., 2008, *La historia local y su importancia*, en Actas del I Congreso de Historia de Linares.

para argumentar el porqué de la fundación; antes al contrario. Excusa causas políticas: era práctica común fundar colonias en países de reciente conquista para mantenerlos controlados. También alude a razones de índole social, cuando arguye que Roma tenía exceso de población y que gracias a las colonias conseguía aliviar esa situación. Cuando señala la gratitud y deferencia que quiso tener Augusto con sus soldados veteranos, no podemos por menos que pensar en razones de índole militar. Como tampoco podemos dejar de ver razones de tipo cultural cuando afirma que gracias a las colonias *“también se extendía por todo el universo conocido la civilización de aquel gran pueblo y su preponderancia”*. Y corona su razonamiento respecto a los motivos conducentes a la fundación de la colonia apuntando a la similitud entre los terrenos elegidos por los *emeriti* y Roma. Tesis en definitiva todas que bien podrían ser defendidas hoy en día por cualquier historiador de la antigüedad.

Otra característica estimable de la obra de Forner es la prosa crítica que utiliza, bien palpable en muchos tramos del trabajo. Fijémonos en los comentarios que hace respecto a la descripción que algunos autores habían hecho de las murallas de la ciudad, así como de la extensión de la misma en época antigua:

*“Acerca de su circuito, altura y anchura se han escrito tantas fábulas, que me parece que los autores aplicaron todo su estudio para ensalzarlos”*; o este otro mucho más hiriente dirigido a Miguel de Luna y su descripción de la Mérida romana: *“Dice que tenía de guarnición o para recreación más de diez mil soldados de a caballo, y de infantería ochenta mil, ¿El hombre de mayores creederas asentirá a semejantes embustes? A la verdad que quien pasare por estas cosas o diese crédito a estos cuentos de vieja, con facilidad se tragará un camello”*. Si no olvidamos que Luis Villanueva dice en su prólogo que, al parecer, Juan Pablo Forner introdujo notables reformas y mejoras de estilo en el trabajo del padre, no podemos por menos que preguntarnos cuál fue el papel desarrollado por el autor de obras satíricas como *El asno erudito* o *Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana*, en las *Antigüedades de Mérida*.

Desde un riguroso sentido historiográfico, son quizás menos acertadas las referencias, constantes, que hace sobre los orígenes de España, tomada, según él, en el 23 a.C. completamente por las costumbres romanas, las cuales tuvieron que imponerse al “carácter áspero e independiente de los españoles”. Incluso se había perdido el uso de la lengua patria en beneficio del latín. También se refiere a Mérida como una de las ciudades más importantes de España en tiempos de la dominación romana. En definitiva, anacronismos y ucronías evidentes, puesto que no existía entonces ninguna realidad sociopolítica llamada España (sobre todo política), ni tampoco un pueblo español genuino cuyo origen se perdería en la noche de los tiempos. Excesos en cualquier caso propios de un tiempo, finales del XVIII y principios del XIX, en el que se estaban construyendo las

modernas identidades nacionales, que para nada hacen de menos a las *Antigüedades de Mérida*, una obra de referencia en el estudio del pasado de la ciudad.

### ***HISTORIA DE LAS ANTIGÜEDADES DE MÉRIDA*, DE GREGORIO FERNÁNDEZ Y PÉREZ**

Aunque escrita décadas después que las *Antigüedades* de Forner y Segarra, todo hace indicar que la *Historia de las Antigüedades* de Mérida del vicario de la iglesia de Santa Eulalia, Gregorio Fernández y Pérez, vio la luz años antes que aquélla. A pesar de que fue rescatada para su publicación por Plano y Corchero en 1893 (junto a las *Antigüedades*), su primera edición corresponde al año 1857, a tenor de lo que en el propio prólogo de la obra se dice. Del mismo modo, es significativo que en ese mismo proemio no se haga referencia alguna a la historia de Agustín Forner; antes al contrario, se afirma que la obra que se prologaba venía a cubrir un vacío de siglos en cuanto a la escritura del pasado de la ciudad.

Ambos libros (y alguno otro, como el de Plano), comparten un esencial objeto de análisis, que incluso figura en sus respectivos títulos: las antigüedades de Mérida. De hecho, el propio prologuista celebra que la edición del trabajo había de ser de una gran utilidad sobre todo para aquellos que se dedicaban a los estudios arqueológicos. Era una incursión al pasado desde lo que aquel pasado había legado: los restos monumentales, que eran, y muchas obras así lo atestiguan, lo más sobresaliente en una ciudad venida a menos con poco más que esas antigüedades de su pretérita grandeza para ofrecer como estudio de su pasado.

La historia de Fernández y Pérez es una obra de descripción monumental, pero no sólo, pues abundan también los capítulos de perfil historiográfico. Divide su análisis en 78 capítulos, abarcando desde los tiempos previos a la fundación romana para llegar a la toma de la ciudad por parte de las tropas de Alfonso IX. Esos capítulos podrían agruparse en torno a tres bloques. Un primero de siete capítulos centrados en la fundación y orígenes de la ciudad; uno segundo de 54 capítulos dedicados al estudio y descripción de los monumentos de Mérida; y un tercer bloque, de 17 capítulos, de nuevo más historiográfico, en el que se presenta el devenir de la ciudad desde la llegada goda a la cristiana.

Aunque Fernández y Pérez rechaza sin ambages los orígenes mitológicos de la ciudad, defiende la existencia de alguna población previa a la fundación romana, aunque en algunos casos lo hace con argumentos poco acertados, como cuando asegura que fenicios y cartagineses se asentaron en Mérida, argumentándolo con las columnas del aljibe del castillo (Alcazaba), adornadas, según él, con el estilo decorativo propio de fenicios y cartagineses. En cualquier caso, y aunque yerra en sus análisis, el trabajo de Fernández y

Pérez, como ya pasase con el de Forner, representa una superación de las crónicas mitológicas sobre el pasado remoto de Mérida.

Tanto en sus análisis como en sus planteamientos, Fernández y Pérez no puede abstraerse, como es entendible, de su condición de hombre de iglesia, lo que acaba por hacerse bien palpable en un, por así decirlo, cristocentrismo interpretativo, respecto a algunos temas sobre los que escribe. La llegada a la Península y a Mérida de los pueblos godos y, siglos después, de los musulmanes fue narrada por aquél desde un punto de vista que sólo cabe ser calificado como hostil. Aparte del apocalipticismo con que relata la introducción de los pueblos del Norte: destrozos, devastación, exterminación de los que estaban, romanos, por los que llegaban, godos; destaca el recurso a la acción milagrosa del cielo y de la mártir Santa Eulalia, que con su intercesión castigó el paganismo de los invasores. Como cuando, según Fernández y Pérez, que sigue a su vez al obispo Idacio (429 d.C.), tras despreciar el rey suevo Hermigorio a la ciudad y a la santa, el cielo le castiga precipitándolo al Guadiana. O cuando por intercesión directa de Eulalia los sitiadores de Mérida comandados por Theodorico, fueron aterrados y castigados hasta el punto de que levantaron el asedio. Con todo, el dominio godo acabó por aposentarse sobre Mérida, al igual que en el resto de la Península. La venida de las tropas bereberes de Muza no pudo ser vista por Fernández y Pérez de otra forma que como un castigo de Dios a España:

*La justicia de Dios descargó sobre la España un golpe el más duro y terrible con la irrupción de los árabes que se introdujeron a principios del siglo VIII”.*

A nuestro entender, mucho más interesante es el grueso de la obra, coincidente con los capítulos dedicados a la descripción de las antigüedades de Mérida. Ya dijimos al tratar el trabajo de Forner, que no parecía muy justa la valoración que Vicente Navarro del Castillo hacía sobre aquél, y sobre éste de Fernández y Pérez, al considerar ambos de escaso valor historiográfico. Por lo que a la *Historia de las Antigüedades de Mérida* se refiere, hay que vindicar su valor a la hora de narrar los monumentos de Mérida. De hecho, las descripciones que Fernández y Pérez nos ha dejado, tiene un doble valor. Por una parte, son las de alguien que aún una notable formación con un estimable trabajo de documentación en los archivos locales e intentos por constatar sus estudios mediante intervenciones arqueológicas. De otra parte, el gran valor que tienen las descripciones realizadas por Fernández y Pérez, es que fueron hechas años después de la conocida como Guerra de la Independencia, o guerra contra el francés, durante la que como es de sobra sabido, el patrimonio histórico nacional sufrió serios contratiempos. La semblanza de este autor decimonónico combinada con las de Forner y Moreno, aportan valor historiográfico a su obra, y además, como ocurre con el caso de las conducciones hidráulicas, son una referencia por su detallada descripción para los arqueólogos contemporáneos.

*AMPLIACIONES A LA HISTORIA DE MÉRIDA DE MORENO DE VARGAS, FORNER Y FERNÁNDEZ, DE PEDRO MARÍA PLANO Y GARCÍA*

Cuando en el último lustro del siglo XIX, Pedro María Plano se decidió a reeditar en la imprenta que corregentaba, Tipografía Plano y Corchero, las historias que sobre Mérida se habían escrito, no hacía otra cosa que hacer partícipe a la ciudad de una corriente que había venido fructificando a lo largo de esa centuria: la historiografía nacionalista romántica, de la que las historia local de entonces, no era más que una reducción. La casi inmediata publicación de sus *Ampliaciones*, tras reeditar las anteriores historias, es la mejor evidencia de lo que decimos. Y es que el Novecientos fue el siglo de la construcción tanto de las identidades nacionales como de la moderna historia. Desde que a principios del XIX, casi al compás de la institucionalización y profesionalización de la historia iniciada en Alemania por Niebuhr y Ranke, empezasen a aflorar las escuelas historiográficas nacionales, casi inevitablemente surgieron los usos de la historia como parte esencial, esencial para la legitimación de esas mismas naciones, y como consecuencia empiezan a proliferar los trabajos de historia nacional, regional o local. Es en este contexto en el que Plano, hombre conocedor de su tiempo, acomete su labor de recuperar el conocimiento sobre el pasado de Mérida.

Pedro María Plano, que fue muchas cosas (entre ellas alcalde de la ciudad entre 1887 y 1889), pero que sobre todo se podría clasificar como hombre regeneracionista y agitador, profesó una especial estima por la cultura, el conocimiento científico y su ciudad<sup>15</sup>. Fruto de lo que decimos fueron las *Ampliaciones a la historia de Mérida*, una obra que como el propio título reza pretendía completar, y ampliar, el conocimiento histórico sobre Mérida y sus monumentos, y que, como todas las anteriores, era deudora de su tiempo. De ahí las peculiaridades que pueden definirla, una ya mencionada, la exaltación de lo local, y la otra su asimilación con los principios que marcaban la que ya por entonces sí podía considerarse como ciencia histórica.

El modernismo de la obra se constata en el mismo prefacio, que el propio autor escribe, en donde anuncia su intención de hacer, en primer lugar, un “juicio comparativo” de las obras que pretende ampliar, esto es las Moreno, Forner y Fernández, que viene a ser lo mismo que hoy en día denominaríamos estado de la cuestión, esencial cuando se pretende ampliar estudios. Igualmente reseñable es la conciencia que tiene en cuanto a que los hechos del pasado han de ser revisados en virtud de los cambios que se hayan podido registrar de forma fehaciente, y de hecho eso es lo que él pretende: ampliar el conocimiento de ese pasado y más concretamente de los monumentos emeritenses que, como se supondrá, son el eje temático del libro.

<sup>15</sup> La mejor semblanza escrita hasta la fecha de este personaje relevante para Mérida puede encontrarse en Caballero Rodríguez, J., 2008, *Maximiliano Macías y su tiempo (1867-1834). Historia íntima de las grandes excavaciones en Mérida*. Mérida, Artes Gráficas Rejas.

En lo que respecta a la metodología, *Ampliaciones* es una obra que no desmerece a las de su tiempo, pues se hace evidente que el autor desarrolló una concienzuda consulta del Archivo Histórico de la ciudad, al que incluso dedica un capítulo del libro. El acompañamiento de ilustraciones de la Mérida de su época, de un plano de la misma, así como de láminas con monedas y un capítulo adicional en el que se recoge el informe realizado por el padre Fita para la Real de la Historia sobre las antigüedades emeritenses, dan buena cuenta de que Plano era conocedor de la importancia que para la escritura de la historia tenían tanto la numismática como la epigrafía, dos herramientas incorporadas años atrás por Theodor Mommsen como pilares para la creación de su *Historia de Roma*.

Incluso más que otros trabajos pretéritos, el de Plano es esencialmente un catálogo monumental; pero tiene el valor de transmitirnos cuál era el estado de los monumentos tras la creación primero de la Comisión de Monumentos Históricos de la provincia, en 1844, y después, de la Subcomisión local de Monumentos, creada en 1866 (y de la que Plano fue vicepresidente), que son sintomáticas de una definitiva toma de conciencia por, al menos, una parte de la ciudad hacia su antigüedades. Aparte de los capítulos que dedica a recuperar someramente la biografía de quienes considera personajes más destacado en la historia local, es de valor singular el dedicado a la que entonces era Mérida moderna, es decir la que él conoció, pues aunque breve supone un valioso documento, primero, porque da a conocer algunos detalles importantes sobre la ciudad, como las obras más eminentes, la composición de su ayuntamiento, fiestas destacadas o elementos de la vida económica y social; y segundo porque Plano recoge esa información desde el ánimo de exponer “conjeturas e hipótesis” a cerca del futuro en este caso de la ciudad, lo que denota un vivo espíritu científico.

#### ***HISTORIA DE MÉRIDA Y PUEBLOS DE SU COMARCA, DE VICENTE NAVARRO DEL CASTILLO***

Se acercaba la ciudad a la fecha de su bimilenario cuando, y precisamente por ello, el presbítero e historiador Vicente Navarro del Castillo decidió acometer el trabajo de volver a historiar el pasado de la ciudad, añadiendo a las obras anteriores, Moreno, Forner, Fernández y Plano, todo el conocimiento acumulado desde finales del XIX, así como la información que pudiese deparar el trabajo en los archivos emeritenses. Encaraba la empresa Navarro del Castillo, y lo repite en varias ocasiones, desde la “moderna crítica histórica”, y justificándose en la necesidad que existía de que se publicase una nueva historia de Mérida. Su propósito le ocupó desde 1972 a 1992, veinte años y tres tomos. El primero de éstos, publicado en 1972, abarca, como reza el subtítulo, desde la prehistoria hasta los últimos años de la dominación árabe. Tan sólo dos años después, y con el bimilenario a la vuelta de la esquina, Navarro sacó a la luz el tomo segundo de su obra, desde la llamada Reconquista hasta la contemporaneidad del autor. El último tomo, con el que cerraba su trilogía emeritense, no llegaría hasta 1992, un año después

de haber ingresado el autor como correspondiente en la Real Academia de la Historia, y en el que hacía un recorrido por las que él consideraba familias e hijos ilustres de Mérida desde el siglo XV al XX.

Que Navarro del Castillo utilizó, como historiador que era, las herramientas propias de la ciencia histórica del siglo XX, no caben dudas<sup>16</sup>. Su trabajo nos acerca a varias etapas históricas de la ciudad desde una perspectiva científica, dejando así atrás interpretaciones más cercanas al mito, a la vez que se ocupa por primera vez de otras que habían quedado fuera en anteriores trabajos; y en cualquiera de las etapas a la que nos acerquemos nos presenta un bagaje informativo rico e inédito, todo lo cual, conocidas las limitaciones físicas del autor, no puede dejar de ser calificado como de un valor encomiable. El primero de los volúmenes es paradigmático de cuanto decimos. La organización en cuatro partes del mismo, correspondiéndose cada cual con una etapa cronológica: época prerromana, romana, visigoda y árabe, es reflejo de una determinada concepción de los estudios históricos que tiene muy en cuenta la difusión de los contenidos. La primera de las partes sin ir más lejos, en la que se aborda el periodo correspondiente a la prehistoria en la comarca emeritense o los pueblos Proto-históricos (*sic*) de la misma, nos acerca al conocimiento de un vasto periodo no conocido hasta la obra de Navarro sino desde visiones mitológicas.

Previo a esta primera parte, Navarro recoge en un capítulo preliminar un estudio geográfico de la comarca de Mérida, que incluye alguna pincelada de matiz socioeconómico, ejemplo práctico de que la multidisciplinaridad en la elaboración de la historia promulgada por los *annalistas* franceses estaba asumida por la mayor parte de la historiografía del último cuarto del siglo XX, incluida la de ámbito local. Del mismo modo, otorga relieve a la obra la inclusión al final de cada volumen de una selección bibliográfica, que nos informa sobre cuáles han sido las fuentes a las que acudió el autor para realizar su relato, y como puede inferirse son reflejo de un vasto trabajo de erudición. Sí se echa en falta, sin embargo, la inclusión de un aparato crítico que refuerce el discurso expositivo de Navarro, así como un apartado en el que se recogiesen las fuentes primarias utilizadas.

Menos práctica es la, en nuestra opinión, excesiva división capitular de los cuatro apartados del primer tomo, cuarenta y siete en total (y 52 en el tomo segundo) pues resta dinamismo al discurso histórico, transmitiéndonos, quizás, una imagen excesivamente fragmentaria del pasado, que tal y como la expone Navarro, parece más una suma de temáticas variadas que un devenir en permanente elaboración, y transformación, por los diferentes actores presentes en las sociedades.

<sup>16</sup> A diferencia de autores anteriores, de los que como en el caso de Forner o Fernández, a penas sí se conocen otros trabajos, Navarro del Castillo nos dejó una notable producción bibliográfica. A parte de numerosos artículos, las obras más conocidas del autor son *La epopeya de la raza extremeña en las indias*, *Extremadura, un grito en la historia* o las historias de pueblos como Lobón, Esparragalejo o Montijo.

En lo tocante al contenido estricto desarrollado dentro de la obra, ya hemos ensalzado la erudición desplegada por Navarro del Castillo, que alumbró nuestro conocimiento en torno a periodos o temáticas hasta entonces en penumbra. Mención, aparte de las etapas prehistórica y protohistórica, merece la narración de las sucesivas ocupaciones de suevos, vándalos y alanos así como de la Mérida cristiana o, avanzados los siglos, las incursiones cristianas en territorio andalusí y sus pependencias con las fuerzas musulmanas, que marcaron el devenir de los hechos en la región, y la ciudad, por un dilatado periodo de tiempo. Por enjundia y alguna novedad temática recogida, los capítulos dedicados al dominio de la Orden de Santiago sobre la ciudad merecen una destacada mención, por más que Navarro no puede abstraerse de su confesionalidad (en éste y otros asuntos, como cuando otorga alguna veracidad al prodigio mediante el que Santa Eulalia aterrizó a Teodorico evitando de ese modo que saqueara la ciudad)<sup>17</sup>.

Sin embargo, Navarro recurre, creemos que con excesiva asiduidad, a modelos explicativos generales para abordar determinadas temáticas, dejando el marco local como un mero apéndice, casi anecdótico, dentro del discurso. Por más que sea importante, insoslayable diríamos, la contextualización de los procesos locales dentro de los generales (predicamos la historia desde lo local, no de lo local), algunos pasajes nos parecen poco equilibrados. Por ejemplo, cuando habla de la población de Emérita y los cargos administrativos recurriendo a modelos teóricos explicativos de la administración de las ciudades romanas, así como al *cursus honorum* seguido por los cargos políticos, de una forma abusiva. Esquemas que traslada a la realidad de Emérita Augusta mediante una serie de ejemplos muy limitados, escasos a nuestro entender para mantener algo parecido a una hipótesis. O cuando en un capítulo similar, el de la población visigoda de Mérida, vuelve a recurrir a generalidades teóricas que, debemos suponer, se plasmaron en la Mérida alto medieval.

Siguiendo la línea cronológica, el estudio de la etapa moderna resulta interesante y, a pesar de una división temática un tanto arbitraria, es donde más luce el trabajo de archivo realizado por Navarro, pues sólo en ellos pudo obtener información sobre los regidores, gobernadores y alcaldes mayores, o en lo tocante a las visitas regías a la ciudad. Los conflictos bélicos modernos, guerras con Portugal, de Secesión e Independencia, tuvieron una especial influencia en la ciudad, y como tal son recogidos por Navarro en varios capítulos. A partir de este periodo moderno la obra pierde pulso y aporta poco, pues en lo que al siglo XIX se refiere se limita a algunos apuntes anecdóticos, como las visitas de Alfonso XII y XIII o al conocido cisma de Llerena. Lo que iba de siglo XX, siete décadas cuando inició su trabajo, lo resume Navarro en un solo capítulo más militante que otra cosa, a pesar de la intención sumaria del autor.

---

<sup>17</sup> Su apego a la temática religiosa nos ha legado impagables descripciones de iglesias, ermitas y conventos de la comarca emeritense, que hoy en día siguen utilizando arqueólogos e investigadores.

## OTRAS APROXIMACIONES A LA HISTORIA DE MÉRIDA

Es materia de consenso considerar las cinco obras que hemos presentado como las tradicionales historias de Mérida; pero aunque de naturaleza distinta, existen otros trabajos que contienen aspectos relacionados con el conocimiento del pasado emeritense, escritos desde una u otra perspectiva o con una u otra orientación, pero que al fin y al cabo aportan información interesante sobre el pasado, y que por tanto deben ser siquiera apuntados en un bosquejo historiográfico como este.

El primero de éstos es la *Advertencias a la Historia de Mérida*<sup>18</sup>, publicado en 1638 por el emeritense y beneficiado de la Iglesia sevillana Juan Gómez Bravo (Iván para algunos autores), y que no es otra cosa que un trabajo revisionista acerca de la *Historia de Mérida* de Bernabé Moreno de Vargas. Como no se ha podido saber qué relación existía entre los dos protagonistas en liza, y qué movió al primero, Gómez Bravo, a emprender la tarea de enmendar la obra de su paisano, sólo a los pocos años de que aquélla se publicase, no resulta sencillo arbitrar una explicación acerca de qué motivó tan desabrida y tenaz crítica. Pedro M<sup>a</sup>. Plano directamente lo achaca a animosidad y ojeriza, pero probablemente tantas molestias y atenciones por arrumbar no ya el trabajo, sino al autor del mismo, respondan a saldo de cuitas locales en la que, podría ser, Gómez Bravo ejerció el papel de turiferario ilustrado. Al fin y al cabo su mecenas y protector fue Juan Antonio de Vera y Figueroa, Conde de la Roca.

Elucubraciones aparte, en cuanto a lo estrictamente historiográfico, José María Álvarez Martínez, realiza en el prólogo de la obra que nos ocupa un estudio de la misma que divide en cuatro apartados: cuestiones históricas, aspectos monumentales, comentarios epigráficos y cuestiones históricas de época cristiana y romana (en el que, como afirma Álvarez Martínez, más se ceba Gómez Bravo), donde pueden apreciarse tanto las virtudes como los defectos de las *Advertencias*, siempre desde una perspectiva historiográfica.

Curiosamente el año 1906 fue testigo de la edición de dos obras que trataban aspectos de la historia de Mérida de intencionalidad distinta, y a nuestro modo de ver de muy dispar valor y resultado. La primera de ellas es el *Epítome Histórico de Mérida*<sup>19</sup>, del arcipreste de Mérida, Juan José González y Gómez de Soto, que seguramente pueda

<sup>18</sup> Gómez Bravo, J., 1989, (red.), *Advertencias a la Historia de Mérida*. Mérida, Edit. Asociación Amigos del Museo Nacional de Arte Romano.

<sup>19</sup> González y Gómez de Soto. J.J., 1906, *Epítome Histórico de Mérida*. Mérida, Tipografía de Juan F. Rivera Silva.

Sabemos gracias a un apunte cedido por José Caballero Rodríguez, que el periódico *Nuevo Diario de Badajoz* publicó el 20 de marzo de 1905 en la sección de Bibliografía una nota sobre la obra, que se hallaba entonces sometida a la censura eclesíastica (de ahí que tardase un año más en ver la luz), en la que precisamente se destaca el valor que tenía en cuanto que era un trabajo destinado a escolares.

ser calificado como el primer trabajo de difusión didáctica para niños de la historia, la menos reciente, de la ciudad, pues no otro objetivo tiene la obra. De hecho, el subtítulo da poco margen a la interpretación: *para uso de los Establecimientos de primera enseñanza en la misma y su partido*. Con un lenguaje adaptado a los escolares de entonces, Gómez de Soto presenta su trabajo en catorce lecciones, que no capítulos, en los que se recoge una rica miscelánea de temas: orígenes de la ciudad, situación topográfica, santos y obispos, monumentos y edificios o un interesante “resumen historial” (lo que denota la diferenciación de una perspectiva historiográfica y otra monumental del pasado) de las diferentes etapas históricas. Una obra pionera en su temática que sólo con el paso de los años iba a tener continuidad con los libros de texto y cuadernillos para escolares, y que merece ser tenida en cuenta en lo que respecta al conocimiento del pasado de Mérida.

El otro trabajo de historia que conoció el año 1906 fue las *Ligeras e insignificantes observaciones sobre algunos puntos cuestionables y dudosos en la historia de Mérida*<sup>20</sup>, del médico y entonces director jubilado del Manicomio de Mérida, Antonio Fadón Sánchez. Escrita en los postreros años de su vida, y muy adentrado en la vejez, al igual que el de Gómez Bravo, es una obra pretendidamente revisionista acerca de, como el título reza, “puntos cuestionables y dudosos en la historia de Mérida”. Aunque en su favor haya que anteponer las modestas intenciones de Fadón, ligeras e insignificantes, y la ausencia del espíritu desafecto que sí recorre la obra de Gómez Bravo, con todo, magra es la aportación de este libro al conocimiento histórico, pues muchas de las supuestas puntualizaciones o no son tal o son erróneas. Tampoco podía ser de otra forma, teniendo en cuenta que con la liviana extensión de la obra se pretende abordar temas a priori tan dispares y de tanta enjundia como las poblaciones que ocuparon la zona antes de la venida de los romanos, el nacimiento de Jesucristo, la importancia del ferrocarril o el Manicomio, disparidad que demuestra que tampoco pareció existir en la gestación de la obra un eje temático definido.

El arqueólogo e historiador emeritense Maximiliano Macías Liáñez, famoso para la posteridad por ser el excavador junto a José Ramón Mélida del, entre otros, teatro y anfiteatro, publicó en los años 1913 y 1929 un encomiable trabajo centrado en los monumentos emeritenses, continuador en ese aspecto de las obras de Forner y Fernández, pero con un conocimiento y metodología propios del siglo XX. *Mérida monumental y artística (bosquejo para su estudio)*<sup>21</sup>, que así se intitulaba la obra, es una notable guía monumental en la que Macías compilaba desde la visión del historiador que era el conocimiento acumulado sobre los monumentos emeritenses tras décadas de estudio de los mismos.

---

<sup>20</sup> Fadón Sánchez, A., 1906, *Ligeras e insignificantes observaciones sobre algunos puntos cuestionables y dudosos en la Historia de Mérida*. Mérida, Imprenta Joaquín Soler Segura.

<sup>21</sup> Macías Liáñez, M., 1929, *Mérida monumental y artística (bosquejo para su estudio)*. Barcelona, Imprenta Neotipia.

Es de sumo interés para nuestro análisis la *Reseña histórica* con la que Macías abre su obra. Desde una indudable perspectiva científica, (es evidente que Macías había realizado estudios históricos), que implica la no complacencia con lo anteriormente escrito, y por tanto una metodología eminentemente crítica, Macías realiza un recorrido historiográfico por el pasado de Mérida en el que hilvana las distintas etapas atravesadas por la ciudad desechando lo que no se había podido demostrar de forma empírica, y abriendo varias hipótesis en otros aspectos que hasta esa fecha parecían incontrovertibles. Desafortunadamente esta reseña es, podría afirmarse, casi literal y pasa frugalmente por la historia de Mérida, descartando incluso hacer una valoración de la etapas moderna y contemporánea, por tener escaso valor para los propósitos de la obra (es una guía artística) y por, se sobrentiende, haber sido muy negativas para la ciudad. Si Macías hubiese encarado el trabajo de hacer un recorrido por la historia de Mérida desde una perspectiva historiográfica, tal y como lo hace en la reseña, con la misma extensión y solvencia que demuestra en el catálogo monumental, sin duda la historia local hubiese ganado una obra de relevancia<sup>22</sup>.

Dos trabajos que aun separados por varias décadas tienen una naturaleza idéntica son en primer lugar, *Materiales para historia de Mérida (De 1637 a 1930)*<sup>23</sup>, del que fuera, entre otras cosas, arqueólogo y director del Museo José Álvarez Sáenz de Buruaga, y en segundo lugar *Retazos de las actas capitulares de Mérida, de 1503 a 1950*<sup>24</sup>, obra del investigador local Antonio Hidalgo Rodríguez. Aunque en rigor no son libros de historia, y así lo manifiestan el título mismo de las obras o las palabras de los propios autores: “*Son materiales para redactar una historia más completa de Mérida*”, apuntaba Buruaga; “*Retazos de las Actas Capitulares de Mérida*”, *no pretende ser un libro sobre la “Historia de Mérida”*, argumenta Hidalgo, posen un valor notable como libros de consulta para todos los que se acercan al estudio de la historia de la ciudad de los últimos cuatro siglos.

Ambas obras beben de las Actas Capitulares, la de Sáenz de Buruaga desde las de mediados del XVII hasta las de mediados del XX y la de Hidalgo desde principios del XVI a la mitad del XX. De aquéllas extractan noticias (materiales o retazos) que ordenan de forma cronológica. Sáenz de Buruaga por décadas e Hidalgo en algunos periodos incluso en años. Aunque Sáenz de Buruaga anuncia en su prólogo a la obra que los datos que aporta siguen un orden temático determinado, en ambas obras se echa en falta que el enorme caudal de datos y noticias que nos facilitan no se haya ordenado siguiendo otros criterios, a más del cronológico, lo que conferiría a los trabajos no sólo el indudable

<sup>22</sup> Si dijimos que el trabajo de José Caballero Rodríguez, *Maximiliano Macías y...* era el mejor para conocer la figura de Plano, es casi redundante señalar que lo es para conocer la de Macías y su tiempo.

<sup>23</sup> Álvarez Sáenz de Buruaga, J., 1994, *Materiales para la historia de Mérida (De 1637 a 1936)*. Badajoz, Diputación Provincial de Badajoz y Ayuntamiento de Mérida.

<sup>24</sup> Hidalgo Rodríguez, A., 2012 (red.), *Retazos de las Actas capitulares de Mérida, de 1503 a 1950*. Mérida, autoedición. Esta edición es una actualización de una primera obra que con homónimo título publicó el autor en el año 2007.

valor intrínseco que poseen, sino una mejor manejabilidad para los potenciales investigadores de la historia de Mérida.

El último trabajo que se aproxima a la historia de la ciudad, es una obra entre lo visual y lo histórico. *Mérida, puente de culturas*<sup>25</sup>, así se titula el que podríamos considerar como el primer trabajo hecho en el siglo XXI compilatorio acerca de aspectos de la historia de Mérida. Realizado desde el Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida, el trabajo pretende contar de una manera gráfica, pero con rigor, la historia de la ciudad (así lo asegura el que entonces era el director de la entidad, Pedro Mateos). Y ciertamente así es, pues el elemento más relevante dentro de la obra es el gráfico, como así lo acreditan las espléndidas fotografías que recorren la obra acompañando sincrónicamente a los textos.

Pero aunque sea la imagen lo que se prioriza, (de hecho casi se podría hacer un recorrido por los dos mil años de historia de la ciudad de fotografía en fotografía), tantos los temas en los que se articula la obra como los propios textos son de un valor estimable, pues están hechos por estudiosos de los campos historiados y desde el conocimiento más contemporáneo del pasado. De hecho, hay capítulos que se preocupan por temas hasta la fecha prácticamente inéditos para la investigación como el territorio emeritense en época romana, la guerra y decadencia de la ciudad en el siglo XVII o las coyunturas y retos a los que hubo de enfrentarse la ciudad en el aún cercano siglo XX. El añadido de un capítulo en el que se recogen los textos traducidos al inglés, no es sino otra evidencia de la modernidad del trabajo.

---

<sup>25</sup> AA. VV., 2006, *Mérida, puente de culturas*. Edit. Asamblea de Extremadura.